

IBERÁ

El corazón de **CORRIENTES**

Los esteros son un santuario vivo a cielo abierto donde la rica biodiversidad impone un estilo particular de hacer turismo. LUGARES recorrió este humedal de este a oeste en tres etapas, atravesadas por rumores de tupidos montes, sangre gaucha y acento guaraní.

 CYNTHIA CONSOLI.  SOFÍA LÓPEZ MAÑÁN.



VAMOS A DESMENUZAR EN UNA SEMANA los confines de Iberá, el segundo reservorio de agua dulce más grande de Sudamérica. Sofi sabe de animales. “Ojalá veamos un aguará guazú”, ruega achinando los ojos por la ventana mientras se desploma el cielo negro en algún punto del camino, donde ya nos rodea la tierra colorada. Me entero en esa charla de que habla de un lobo alto, oriundo de esas espesuras, que sólo se ve de noche. El avistaje de fauna comienza poniendo el primer pie en los dominios de The Conservation Land Trust –CLT, dirán los baqueanos el resto del viaje–, el imperio natural recuperado por el filántropo ecologista estadounidense Douglas Tompkins, un “santo patrono” de estas tierras y padrino indiscutido de su desarrollo turístico. Dentro de las fronteras de CLT, la primera luz que vemos encenderse son los ojos amarillos de un zorro gris. Frenamos para que una familia de carpinchos cruce la ruta. Luego otra. Después un ñandú. Lo primero que entendemos es que los dueños de casa son ellos. La siguiente lección vendría con el correr de los días: la naturaleza manda, sí, pero Iberá no suspende por lluvias.

Rincón del Socorro: LAGUNA IBERÁ

“El tapir cambió la agenda”, anuncia Mingo González, guía de sitio, durante nuestra primera mañana en *Rincón del Socorro*. No fue por la llovizna o el día plomizo: postergamos la excursión a la laguna porque uno de los siete tapires estuvo recorriendo las galerías a las que

dan las habitaciones y parece que ahora está pastando en los jardines de la casa de Kristine Tompkins. No podemos perdernos un safari para verlo y reorganizamos el programa en función de él, toda una figura en estos lares. Nos calzamos las botas de goma y salimos a su encuentro. Ahí está, desayunando, sin indicios de prisa o de incomodidad ante los curiosos, bajo el enorme timbó y los aromos que, esperan, florecerán de amarillo en una semana. Muy cerca, los zorros y los carpinchos se desplazan como si fuesen perros o gatos sobre los extensos y brillantes tapizados de grama brasileña. Estamos en el Portal Laguna Iberá y aquí comenzamos, por esta antigua estancia ganadera, ubicada a 30 km de Colonia Carlos Pellegrini y a 90 km de Mercedes.

Rincón del Socorro desembarcó en esta zona a fines de los 90, con la compra de tierras para el proyecto de restauración. Hoy es una propiedad integrada por la casa principal –un casco de estancia de 1896 que desde el 2005 funciona como hostería y de cuya administración este año se hizo cargo la fundación–, las casas del personal, la de Kris y una pequeña escuela, todas las construcciones con idéntica estética y buen gusto. Avanzamos chapoteando en los charcos rojizos en dirección a la huerta agroecológica y los frutales, cuya producción define el menú del almuerzo, los sabores de mermelada casera del desayuno, los postres. Esos quinotos serán el helado de nuestra última cena. Ahí están los tomates del chutney de Luli. Frotamos los dedos en hojas de lemon grass –que aquí se llama cedrón paraguayo–, romero, albahaca. Burrito y poleo,

AQUÍ Torta de guayaba, en la posada *Mboy Cua*.
ENFRENTA Un tapir bajo el timbó, en *Rincón del Socorro*.

EN LA APERTURA Plantas acuáticas en la Laguna Iberá. Observando un camino anegado en la estancia *Rincón del Socorro*.





ENFRENTÉ Esquina de Concepción que ocupa la posada *La Alondra*.
ABAJO Ambiente de almacén de campo en la deco de esa posada.

En 2015 se creó el Portal Carambola, por el que se accede al estero del mismo nombre. El pueblo que lo precede es Concepción, en el centro oeste de los Esteros de Iberá.



SAN NICOLÁS

Es el Portal al que se llega desde San Miguel, localidad ubicada sobre el flanco oeste de los Esteros del Iberá. Fue creado por The Conservation Land Trust con el fin de contribuir a la conservación de todo el ecosistema Iberá, humedal que abarca 1.300.000 hectáreas (el segundo más grande del mundo, detrás de Pantanal), de las cuales el 60% es privado. En San Nicolás —que fue una estancia ganadera— se trabaja en la reintroducción de especies en peligro, como es el caso del venado de las pampas.

que perfumaban el té de yuyos de anoche.

En el monturero nos espera Luis Márquez, preparando el mate con precisión quirúrgica: “Tenemos nuestras mañas. El agua hay que sacarla del fuego cuando empieza a silbar la pavita”, explica, mientras cuida que el chorrillo caiga exactamente al lado de la bombilla y no moje toda la yerba. Luis nos guía en una cabalgata hasta la laguna, con las capuchas puestas porque llovizna. Al compás de las patas de los animales contra el barro, atravesamos montes en galería, alfombras de tréboles de cuatro hojas, bosques de ñandubáis con sus líquenes y claveles del aire, que los pintan de otros matices, y pastizales infinitos de paja colorada hasta el borde del estero. Ciervos de los pantanos, garzas y cigüeñas americanas escoltan la expedición hasta la costa. “Yberá” quiere decir “aguas que brillan”, y ahí vemos por primera vez los espejos habitados por camalotes y flores violetas. Los caballos entran al estero y cruzan tajamares metiéndose en el agua hasta la cincha; levantamos las piernas para evitar que se llenen las botas de agua en el momento cumbre de aventura del día.

Enfundados en capotas impermeables, un día después estamos en Carlos Pellegrini para embarcarnos en lancha. El cielo denso apaga el color de Laguna Iberá, pero brilla con más fuerza el amarillo de las flores del duraznillo y las damas de noche que no se cierran si no hay sol. No hubiese estado mal traer unos binoculares; al décimo nombre de ave que intento memorizar, me entero que se pueden avistar más de 350 especies. “Ahí está el lobito de río, la garza lo mira porque compiten por los peces”, señala Mingo. Esas islas que marcan el laberinto por el que nos movemos son acumulaciones de materia orgánica flotante y se llaman embalsados. Son, en realidad, colchones suspendidos en el estero —que, claro, quisimos bajar a pisar (sí, y también saltar)— donde descansan los yacarés, estrellas de esta excursión. “No me molestás, no te molesto”, sigue siendo el código tácito inquebrantable entre turista curioso y bicho-amo-y-señor.

La vuelta a la hostería siempre es con escala obligatoria en el comedor. Ahora diluvia y Luli Suárez nos espera con una clase magistral de chipás, que después se comen junto al fuego del living. Luis va a preparar torta parrilla —pariente de la frita, pero a las brasas— en el quincho. Es cierto lo que dicen: los panificados de esta cocina son gloriosos.

En la mesa baja frente a la chimenea, decenas de libros reflejan la obra de Tompkins en la Argentina y en Chile, que recorreremos, atentas a las explicaciones de Daiana Mansilla, nuestra anfitriona. En cada rincón, en cada detalle del proyecto aún vive y crece el sueño de Doug. En la casa, todo estuvo pensado por él: los pisos en damero, las fotos, los cuadros, los muebles antiguos de los cuartos. El confort, el lujo simple de los materiales nobles. La propuesta de Rincón del Socorro es una experiencia de hospitalidad de altísimo nivel en medio de un templo natural en estado puro.

La Alondra'i: CARAMBOLA

Llegamos a Concepción de Yaguararé Cora, la entrada al Portal Carambola de los Esteros. Huele a playa, y se lo debemos a las calles de arena beige de un pueblo gaucho ajeno a cualquier tipo de contaminación. *La Alondra'i* es la esquina más linda de todas, una ochava con decoración correntina que remite al viejo almacén de ramos generales y no rompe con lo agreste del entorno. El lobby es una declaración de identidad manifiesta: cartografía, libros de identificación de especies y de historia de las misiones, artesanías que homenajean al yaguararé y al jabirú, una imagen de Manuel Belgrano que liga a esta tierra con gestas históricas, un uniforme del Regimiento de Patricios. Susi, la ama de llaves, nos recibe con chipá y mate cocido. Nos está gustando esto de encarar cada portal con una versión de estos pancitos de queso y fécula de mandioca, un ritual de bienvenida con el que nos sentimos bastante cómodas.

La galería de mi habitación da a un patio que tiene una capilla, la primera huella jesuita que encontramos. Resulta que en Concepción muchas casas replicaron los oratorios de las estancias jesuíticas, que van desde un altar en un lugar privilegiado de la casa hasta la construcción de su propia iglesia. La de *La Alondra'i* venera a la Virgen de Itatí, patrona de Corrientes, pero generalmente el santo tiene que ver con un mandato familiar. Surge la primera excursión: a recorrer capillas del pueblo. Están las de los santos del calendario católico, como la Virgen de Luján o Santa Lucía; figuras de devoción popular, tal el Gauchito Gil y también las de los paganos: la Santa Demorada o el Gaucho Antonio María, un paisano de la laguna, curandero y amigo de los pobres. Detrás de cada altar, una historia de herencia familiar que se remonta al origen de la estatuilla —casi siempre una miniatura de madera guaraní— y festividades marcadas por alguna aparición o milagro atribuido al santo —a veces de moral cuestionable— en una fecha que los vecinos eligen para hacer una procesión con antorchas y agasajar a sus vecinos con un guiso y pasteles fritos.

Nuestro baqueano en esta parada es Omar Rojas, un gaucho correntino de pies a cabeza, de pañuelo y alpargatas color azul liberal. Mitad Landriscina, mitad Cantinflas, hace gala de sus dotes de comediante con frases recurrentes y acento cantadito. “A ver si se acostumbran a saludar a los paisanos”, nos alecciona haciendo gestos con la cabeza o levantando la mano a cada persona que se cruza, mientras salimos del pueblo en su 4x4 rumbo al portal y nos cuenta su historia de ex ganadero y actual guía: “Tompkins me enamoró de este trabajo cuando me hizo entender que tenía en mis manos un tesoro”. Llegamos al refugio, a 25 km de la posada, que recorrimos en una hora y media de viaje. Nos espera Don Severo, un habitante del estero que habla solamente guaraní. Omar, su yerno Pololo y él se dividen las tareas para la excursión: buscan los caballos y quitan el agua de lluvia acumulada en la canoa con una botella de plástico cortada por la mitad. Los chajás empiezan a canturrear





sobre los cañaverales avisando que están llegando con los caballos para salir. Omar aparece con la bombacha arremangada hasta la rodilla, se sube a la canoa porque él será el botador y se prepara para la foto: “para mostrar tu estampa y tu pañuelo tenés que estar medio en camisa, y con este frío uno está como un tatú lleno de sacos”. Y dispara otra máxima: “un correntino como la gente no usa bota, anda en alpargatas o descalzo”. Nosotras, emponchadas hasta la nariz con una superposición de todos los abrigos posibles, castañeamos los dientes sólo de verlos entrar al agua de patita gentil. El segundo paseo es el hit de este portal. Me siento en la canoa que va atada a la cincha del caballo montado por Pololo, y nos metemos entre los juncos y totoras para avistar bichos. Sólo se escuchan la brisa en la flora acuática y a los yacaré pisando el follaje. La actividad no admite polémicas ecologistas: es la forma histórica y cotidiana que tienen los lugareños de trasladarse en el estero a tierra firme. Es el único lugar donde se hace.

Recorrer el pueblo también tiene su particularidad. No hay muchos más carteles que el de un almacén, una escuela, un club social y deportivo y una pista de baile, como para orientarse. El verdulero y el bazar circulan en formato ambulante, a paso de hombre, en camiones que anuncian la mercancía a los vecinos. Hace falta un lugareño porque las referencias –y las verdaderas riquezas– están detrás de cada puerta: hay curanderos del tiempo, curanderos con tisanas y de las huellas del

caballo. Hay artesanos y cantantes de chamamé. No hay un solo bar o café: los puntos de encuentro son las casas. Por las calles de arena circulan niños, caballos, ovejas y gallinas en las mismas proporciones. No hay ruidos de motores ni de bocinas. No hay ruidos de nada que no sean cantos de gallo o melodías de folclore que citan de memoria, porque siempre hay una frase que dibuja exactamente lo que quieren decir. Nuestra guía es Ayelén Mercado, la coordinadora de actividades de la posada que nos lleva de puerta en puerta revelando los secretos del lugar. Las casas están pintadas del color político del dueño: verde, rojo o azul. El peón, por una cuestión de respeto, se viste a tono con el patrón que le da trabajo y cobijo. Si de alguna casa vemos volar un cascote, es porque los dueños espantan al benteveo o pitogüé, un pájaro de mal agüero que anuncia desgracias. “Tienen un canto para anunciar muertes que es como un llanto, y otro para los embarazos”.

MBoy Cua: SAN NICOLÁS

Es el rayo de la siesta del primer y único día de sol en el Iberá, que nos encuentra en San Miguel, a siete kilómetros de *Mboy Cua*, la posada que vamos a preestrenar y será nuestro hogar durante el último tramo de este viaje. Nos viene a buscar en 4x4 Juan –el Nene– Dejesus, orgulloso socio gerente del emprendimiento que está saliendo a la cancha en el Portal San Nicolás. El paisaje alcanza la máxima expresión

AQUÍ Familia de carpinchos.

ENFRENTÉ Omar navega a botador el estero Carambola.

EN PÁGINAS ANTERIORES Capilla dedicada a la Virgen de Itatí, en la posada *La Alondra*, de Concepción.



Navegar a botador, método primitivo vigente en tantos lugares del mundo, es lo normal en el Carambola, donde también usan caballos para tirar de la canoa.



En Rincón del Socorro, las recorridas a caballo se hacen con el agua hasta la cincha. Hay que ir atento y levantar las piernas para evitar que el agua se meta en las botas.



El vuelo de la garza, capturado entre Colonia Carlos Pellegrini y la estancia *Rincón del Socorro*.

del bosque subtropical y se vuelven redundantes las palmeras por la proximidad a la costa del estero. El Nene era guía de sitio y de kayak y comenzó a bosquejar este proyecto hace cuatro años, cuando entendió que la movida de CLT había generado una demanda turística de alojamiento de calidad alta, a la medida de los viajeros amantes de la vida salvaje. El plan de reinserción del yagareté fue un acontecimiento para la región, así que decidió poner en marcha la posada. La historia del Paraje Mboy Cua –en guaraní, “lugar de pocos”– también se remonta a las reducciones jesuíticas y aún conservan la tradición de trasladar a sus santos en procesión tocando el violín.

La posada está en proceso de terminado y nos recibe con un sinfín de proyectos: una pérgola pelada a la espera de que las flores la vistan, un espacio destinado al quincho, habitaciones con olor a pintura fresca, la vitrina lista donde irá San Miguel Arcángel, en el lugar favorito de la galería. La ilusión de los comienzos se respira en cada rincón. La cultura guaraní, recuperada en cada detalle: construcción a dos aguas estilo rancho correntino, bachas de barro guaraní, galería de paja colorada, muebles de madera de timbó, un entramado de ladrillo aborigen plasmado en el piso, habitaciones con nombres de la flora autóctona, un campanario típico jesuita con el semicírculo de revoque de barro calculado a mano.

Mboy Cua es un refugio acogedor y confortable en el medio del monte natural, y es la única posada del portal con acceso directo desde San Nicolás. Para conectar con el entorno, lo más indicado es recorrer el área boscosa que rodea la casa por los senderos marcados –con las botas de goma bien calzadas, claro–, que van al muelle de la laguna. En ese trayecto se pueden ver desde aves hasta monos carayá. El atardecer nos encuentra al lado de la salamandra tomando mate con tortas fritas, y armando una lista de platos regionales que no podremos dejar de probar. Solo se escuchan mugidos, grillos y sapos. Infinitas y enormes estrellas plateadas alumbran el rincón escondido del planeta donde estamos.

Parece que el último recorrido correntino será gastronómico y sin salir del hotel. Nelson Aguirre está a cargo de la cocina y no nos da respiro un solo minuto de los que pasamos bajo sus dominios. No podemos parar de probar. Una lección intensiva de cocina guaraní nos pasea en menos de 24 horas por los lindes del chipá y chipá guazú (una variedad más grande –guazú: grande–, hecho de de harina de maíz), mermeladas y budines de los cítricos del monte, dulce de mamón y de andái con queso criollo artesanal, tarta de dulce de guayaba, huevos de las gallinas de los vecinos, panes caseros, kiveve (potaje cremoso y dulzón a base de zapallo), arroz con leche, agua con menta y limones de la huerta, un guiso carrero bien correntino. Un viaje cada bocado, un paisaje y una historia que es importante compartir. ☺

PORTALES

El proyecto ecoturístico Ruta Escénica del Iberá, impulsado por los municipios de la cuenca del Iberá y apoyado por la fundación de Douglas Tompkins (1943-2015), prevé un recorrido de 1.300 km que en el futuro se podrán cubrir a través de once portales. Un portal es, como su nombre indica, una puerta de acceso a los esteros, con los servicios que el turismo demanda en este caso. El más desarrollado de los portales es Laguna Iberá, al que se suman San Nicolás y Carambola, el más reciente. Faltan ocho. Cuestión de tiempo y voluntad política.